

NORBERTO PINILLA

Panorama y Significación  
del Movimiento Literario  
de 1842

EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

---

1 9 4 2

---

NORBERTO PINILLA

**Panorama y Significación  
del Movimiento Literario  
de 1842**

EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

---

1 9 4 2

---

## NOTA INICIAL

*El presente trabajo es una síntesis de mi ensayo LA GENERACIÓN CHILENA DE 1842. En parte, por lo tanto, hay repeticiones y coincidencias. Sin embargo, en estas páginas no he podido aducir todas las pruebas críticas de mis observaciones, pruebas que se hallan en mi libro antes mencionado.*

*El jurado que premió mi ensayo, nombrado por la Sociedad de Escritores de Chile, estaba compuesto por los conocidos escritores: Alfonso Bulnes, Armando Donoso y Domingo Melfi.*

*La publicación de este ensayo y los de mis estimados compañeros Tomás Lago y Manuel Rojas, se debe a la hidalga generosidad del Rector de la Universidad de Chile, don Juvenal Hernández. Lleguen, pues, a él mis más cordiales agradecimientos.*

N. P.

*Santiago de Chile, Diciembre de 1942.*

## I

La organización constitucional de Chile, el desarrollo del comercio y la minería, la sobria administración pública, el aumento de la cultura bajo el impulso de meritorios extranjeros (Andrés Antonio Gorbea, José Pazaman, Carlos Ambrosio Lozier, José Joaquín de Mora, Fanny Delaunex, Claudio Gay, Hipólito Beauchemin, Pedro Chapuis, José León Cabezón) son factores que concurren y se aglutinan para crear el "clima" propicio del despertar de los espíritus.

El movimiento literario y cultural de 1842 no es, por consiguiente, una floración espontánea, sino el resultado de una etapa de preparación, etapa humilde y silenciosa.

En esa tarea es preciso señalar al benemérito y sabio Andrés Bello (1781-1865) que reside en Chile desde 1829. A su labor — ingente labor — se deben estudios originales y profundos sobre el idioma, la métrica y la literatu-

ra españolas. Sus discípulos van a distinguirse por la sobriedad y propiedad en el manejo del idioma escrito. Su método docente es discutible, porque a la espontánea fantasía opone minuciosas medidas normativas. Es preciso tratar de comprender no sólo al sabio caraqueño, sino también el sistema docente por entonces en boga.

A este proceso de silenciosa gestación se suma hacia fines de 1841 la llegada de tres hombres de letras que, con su entusiasmo, inquietud y curiosidad, contribuyen a remover el ambiente literario. Son: Juan García del Río (1794-1856) de Colombia, Domingo Faustino Sarmiento (1811-1883) y Vicente Fidel López (1815-1902).

El primero con su elegante información europea, el segundo con su honrada inquietud agresiva, el tercero con su encendido cariño por el estudio, contribuyen desde el diario y la revista a sacudir la conciencia chilena que, en cierto modo, vive todavía por ese tiempo bajo el peso de las preocupaciones de la colonia.

Las observaciones de ruda franqueza de Sarmiento sobre la carencia de poesía chilena (*El Mercurio*, Valparaíso, 15 julio, 1842) hacen reaccionar al sector más sensible de los pueblos: la juventud. En efecto, a pocos días de su crítica elogiosa y certera sobre el poema elegíaco de Andrés Bello, *El incendio de la Compañía*, los estudiantes de Legislación del Instituto Nacional, se reúnen para organizar una academia. Tales propósitos, sin embargo, no se cumplen cabalmente, sino al siguiente año.

En 1842, el 5 de marzo, comienza a funcionar la So-

ciudad Literaria, que es una de las primeras corporaciones de tal índole en el país. Las actividades de la Sociedad acaso no sean muy valiosas si se juzga objetivamente. Con todo, contribuyen a crear el espíritu de asociación y despiertan el interés por las cosas literarias. Sus actas, publicadas en la *Revista Chilena de Historia y Geografía* (números 37 y 38, de 1920), no dan muchas luces sobre los trabajos de la Sociedad. Además, su archivo se ha extraviado. De modo que acerca del valor de sus contribuciones, sólo se puede conjeturar.

Dos acontecimientos es preciso señalar en la Sociedad Literaria: la incorporación de José Victorino Lastarria (1817-1888) el 3 de mayo de 1842 y el certamen literario para celebrar las fiestas patrias de aquel año.

Lastarria es una noble figura tanto en el pensamiento como en las bellas letras. Su vida tiene rasgos de hombre ejemplar. Su labor literaria es digna de estudio y sus novelas y cuentos, sin ser un modelo en su género, se leen con facilidad y agrado.

Profesor del Instituto Nacional, puesto que desempeña por el imperio de la vocación, es querido y respetado de sus alumnos. De ahí que sea designado Director de la Sociedad Literaria. Se presenta a la institución en la fecha antes mencionada y pronuncia su discurso, tantas veces estudiado y citado en el presente año centenario.

El discurso de Lastarria es un vigoroso examen de las realidades culturales de aquel momento auroral de la literatura chilena. Es, además, una pieza de noble admonición

sobre la conducta artística de la generación que le ha llamado para oír su consejo. Recoge en aquellas páginas palpitantes el pensamiento de su época, lo adapta a las circunstancias nacionales. En sus párrafos todavía se puede espigar más de una reflexión vivaz y actual para la acción de la literatura chilena: "Escribir para el pueblo, ilustrarlo, combatiendo sus vicios y fomentando sus virtudes, recordándole sus hechos heroicos, acostumbrándole a venerar su religión y sus instituciones; así estrecharéis los vínculos que lo ligan, le haréis amar a su patria y lo acostumbraréis a mirar, siempre unida, su libertad y su existencia social. Este es el único camino que debéis seguir para consumir la grande obra de hacer nuestra literatura nacional, útil y progresiva" (1).

El discurso de Lastarria es, sin duda, un documento no sólo por su contenido ideológico ni por su forma bellamente apasionada, sino por las reflexiones que suscita. Es un texto fértil, pues se presta a dilatadas meditaciones.

El segundo acontecimiento de la Sociedad Literaria, como digo antes, es el certamen que entre sus socios se abre para celebrar el día patrio. Dos son los temas del concurso: una poesía que cante las glorias de Chile y un discurso sobre el mismo asunto.

El jurado lo componen: José Victorino Lastarria, Antonio García Reyes y Carlos Bello. Los jueces son benévolos con los jóvenes concursantes. Su juicio es significativo para captar el criterio de la época. Al referirse a la poesía premiada expresan: "El plan ideado por el autor nos

parece feliz, y bastante bien desenvuelto" (2). El autor que merece tal juicio es Santiago Lindsay y su poema se titula, *A la libertad de Chile*, dividido en cinco partes y consta de trescientos versos de ocho y doce sílabas.

*Tres naves salen en flota  
De la España nación  
A buscar la tierra ignota  
Que imaginó el gran Colón.*

En verdad, no son versos bellos. Los primeros pasos de una poesía que busca el camino de su expresión, no resultan modelos. El arte literario es producto a la par de la personalidad creadora y de las posibilidades que la sociedad permite. Por ese entonces la literatura chilena se está gestando. Con justicia Andrés Bello, ocupándose de los "jóvenes ingenios", en la instalación de la Universidad de Chile, el 17 de septiembre de 1843, dice:... "La corrección es obra del estudio y de los años; ¿quién pudo esperarla de los que, en un momento de exaltación, poética y patriótica a un tiempo, se lanzaron a esa nueva arena, resueltos a probar que en las almas chilenas arde también aquel fuego divino, de que, por una preocupación injusta, se las había creído privadas?" (3).

El premio del discurso lo obtiene Juan Bello, con su oración patriótica titulada, *Diez y ocho de setiembre*. Es una pieza que contiene las ideas antiespañolas lógicamente en boga en su tiempo.

La Sociedad Literaria tiene un valor temporal. Responde a los anhelos confusos de sus componentes: muchachos de 17 a 20 años de edad. No es una academia sólo literaria, sino una corporación que pretende cultivar tanto a sus asociados como al pueblo en general. Este último propósito, sin embargo, no pasa de la buena intención. Al examinar sus actas más de un rasgo psicológico chileno palpita en el contenido de las discusiones y de los temas tratados. Por último, el romanticismo tiene en aquellos adolescentes más de un admirador fervoroso. En este sentido el nombre de Francisco Bilbao, secretario y presidente de la Sociedad, es un ejemplo elocuente de lo que afirmo. Con todo, en 1842 Bilbao aun no es el actor apasionado ni apasionante de la *Sociabilidad chilena*, estudio que se publica dos años más tarde en las columnas de *El crepúsculo*.



El año 42 es de polémicas. La primera es entre Andrés Bello y José María Núñez con Sarmiento, y versa sobre una publicación de Pedro Fernández Garfias titulada, *Ejercicios populares de la lengua castellana*. La segunda, entre Vicente Fidel López y Sarmiento con Salvador Sanfuentes, Jotabeche y Antonio García Reyes, y trata del romanticismo. La tercera, entre Sarmiento y Jotabeche.

Las más importantes son las dos primeras, porque en ellas se abordan asuntos de cultura filológica y literaria.

Las ideas sustentadas en ambas han sido superadas; pero su examen sirve para tomar el pulso, por así decirlo, de aquel tiempo.

Por ser de más valor, por la índole de las presentes páginas, la controversia sobre la escuela romántica, me voy a permitir comentarla con la brevedad que este estudio requiere.

En el número 1 de la *Revista de Valparaíso*, publicación mensual que dirige el joven abogado argentino V. F. López, publica el culto refugiado platense su ensayo, como se dice ahora, *Clasicismo y romanticismo*, ensayo que queda inconcluso.

Y bien, el trabajo de López no es comprendido por los dos contemporáneos chilenos que lo comentan. No ven — Sanfuentes ni Vallejo — el espíritu progresista del escritor transandino. Asimismo, piensan que la escuela romántica es un cúmulo de confusiones ideológicas, de licencias literarias y extravíos del buen gusto. No captan la necesidad de cambio que sienten las generaciones y que cada grupo humano tiene su propio mensaje que traducir para afirmar su personalidad histórica y cultural. Por último, no sienten la angustia anhelante del periodista bonaerense que trata de penetrar en el laberinto de los conceptos para explicar su sentido y su alcance.

El ensayo de López, sin duda, es confuso. No tiene galanura estilística. La frase es abrupta y galicada. Pero el joven profesor no tiene tiempo y, acaso, carece de paciencia para labrar los primores del idioma escrito. Con todo, su

estudio es el intento más serio de explicación, publicado en su tiempo en Chile, de fenómeno literario contemporáneo tan valioso. Su compatriota, el poeta Esteban Echeverría, no adelanta mucho más en la explicación conceptual de este mismo asunto en un artículo de igual título que el de López (4). Por otra parte, el estudio del autor de *La revolución argentina* no desentona con el que sobre el mismo asunto hace un contemporáneo europeo, Viollet Le Duc (5).

Sin embargo, como digo antes, los chilenos no se dan el trabajo de buena voluntad de tratar de comprender. Rompe el fuego Sanfuentes en un artículo que aspira a ser humorístico, en *El semanario de Santiago* de 21 de julio del 42, titulado *Romanticismo*. El comentario del autor de *Inami* revela que el poeta chileno desconoce la escuela romántica y los propósitos de renovación literaria que propugnan sus partidarios. No ve que “la luz de la razón”, para usar sus propias palabras, no basta para el arte literario, arte que además necesita del calor del sentimiento, de las alas de la fantasía y del dominio de la técnica estilística.

Dos días más tarde José Joaquín Vallejo publica en *El Mercurio* de Valparaíso su conocida *Carta de Jotabeche a un amigo de Santiago* (6). Sanfuentes interpreta de manera subjetiva el romanticismo y lo condena. En cambio, Jotabeche se limita a reír. “...Aquí no hemos — expresa — podido meterle el diente, aunque al efecto se hizo junta de lenguaraces”. No se trata, a pesar que sea una expresión coloquial, de “meterle el diente” al estudio de López, sino

que de comprender y de sentir la palpitación del tiempo que se vive.

López contesta con dignidad y sosiego en una serie de seis artículos en *la Gaceta del comercio de Valparaíso* de 29 y 30 de julio; 1, 2, 3 y 4 de agosto del 42. Son artículos en que reafirma su pensamiento crítico sobre el valor y las limitaciones del romanticismo. Estos comentarios en cierto modo, sólo en cierto modo porque son polémicos, resultan la continuación de su ensayo publicado en *la Revista de Valparaíso*.

Sarmiento, que también tercia en esta controversia, arremete con toda la pasión de su sangre pampera. Publica en *El Mercurio* de 25, 26, 27, 28, 29, 30 y 31 de julio; 7 y 9 de agosto, artículos en los que comenta y explica el romanticismo. Las ideas del autor de *Facundo* no son originales en este problema. Repite y glosa algunos de los conceptos de su compatriota López. Pero en lo que resulta original es en el denuedo con que se bate, en la fuerza con que discute, en la claridad con que se expresa y en la libertad que toma en la expresión de su tesis.

Sanfuentes responde dos veces en *El semanario de Santiago* de 28 de julio a Sarmiento con un artículo jocoso titulado, *Polvos antibiliosos y purgativos para El Mercurio de Valparaíso*, y el 4 de agosto a López con una breve nota titulada *Una advertencia a la Gaceta*. En el primero se ríe del periodista sanjuanino; en el segundo, manifiesta que no ha sido bien comprendido. En realidad, el poeta chileno no tiene argumentos sólidos que oponer a López:

en cuanto a Sarmiento, éste se desparrama como torrente sobre campos ajenos a la controversia. Sin embargo, sus artículos contienen fértiles observaciones sobre el ambiente y el momento del aquel entonces en Chile (7).

La polémica sobre el romanticismo, como sucede casi siempre en las discusiones, no convence a los impugnadores. Los unos y los otros se encastillan en sus puntos de vista. Con todo, de aquella polémica se puede afirmar constituye el arranque de la iniciación romántica chilena. Esta escuela va a tener pocos años después algunos representantes decorosos.

El romanticismo en Chile comienza hacia 1842, un tanto tarde, y se prolonga hasta 1866, año en que Eduardo de la Barra inicia un modo lírico que puede llamarse postromanticismo. Siento que el estrecho margen del presente trabajo, no me permita demostrar con acopio de datos críticos lo que afirmo. Sin embargo, las *Poesías líricas* de De la Barra, no son románticas, sino que marcan la nueva onda de modulación poética que palpita en la literatura, no sólo chilena, sino en la de España y de la América española.

### III

Quien desee conocer la palpitante gestación del movimiento literario de 1842, debe buscar las páginas de los

diarios y periódicos de aquellos días. El tiempo las ha tornado amarillas y el polvo las ha ido manchando con sus moléculas oscuras.

Las primeras palabras del Evangelio, según San Juan, dicen que "en un principio existía el Verbo". Y bien, en el principio de una literatura — y el año 42 es en varios aspectos el comienzo de las letras artísticas chilenas — está asimismo el verbo, el verbo escrito (3).

El verbo literario nacional más interesante de aquellos meses viene a ser el que se publica en *El semanario de Santiago*. El prospecto de aquel hebdomadario aparece el 27 de junio del año citado tantas veces. En esas páginas se analiza el estado cultural de Chile y se hace, por así decirlo, una declaración de propósitos sobre el alcance que el periódico va a desarrollar.

Aquel prospecto escrito por Antonio García Reyes refleja ideas antiespañolas. Además, y esto es lo que importa, señala un fin pragmático, utilitario para la literatura. Ese tiempo no puede darse el lujo de la creación puramente estética, en una especie de juego superior de los poderes psíquicos. El pueblo de Chile necesita una literatura sencilla, que lo eduque y a la vez lo divierta en forma saludable y cívica.

Desde el 14 de julio de 1842 hasta el 2 de febrero de 1843, *El semanario de Santiago* lanza al público su mensaje, mensaje plural porque no sólo aborda temas literarios, sino culturales de índole general. Hoy al compulsar

sus cuadernos la emoción hace palpitar el espíritu, pues allí se ven problemas que, siendo palpitantes para aquella hora, siguen con valores de permanentes. Desde la poesía titubeante y el comentario de las sesiones de los cuerpos legislativos; desde la crítica de teatro y el artículo de costumbre; desde el texto traducido y solicitudes de la creación de la Universidad de Chile, todo lo significativo de aquel año de turbulencia en los espíritus está expresado con verbo anheloso, urgente, sincero y franco.

*El semanario de Santiago* y *El crepúsculo* del siguiente año, recogen la palpitación de aquella época inicial, de aquel estadio en que se echan las bases del edificio de la república chilena, de aquella etapa en que comienza la conciencia nacional.

Se puede afirmar, sin caer en vanos dogmatismos, que *El semanario de Santiago* es la primera manifestación legítima del periodismo de linaje literario chileno, siendo al mismo tiempo cátedra, tribuna y barricada. Con su publicación se promueven trabajos en beneficio de la cultura no sólo literaria, sino general del país. De modo que en sus páginas vibra el espíritu de hombres como Lastarria, Carlos, Francisco y Juan Bello, Francisco Bilbao, Manuel Talavera, Antonio García Reyes, Salvador Santués, José Joaquín Vallejo, José María Núñez, Joaquín Prieto, Enrique Ramírez, Antonio Varas y Santiago Lindsay.

No se busque, sin embargo, en aquellas hojas modelos, sino estímulos para seguir siempre en la busca del fruto

del árbol de la ciencia, fruto que es la angustia augusta del hombre con rango auténtico de hombre.

El periodismo chileno de 1842 a 1844 es acentuadamente literario. Basta compulsar las colecciones de *El Mercurio*, la *Gaceta del comercio* y *El progreso*; basta hojear volúmenes de *El semanario de Santiago*, *El museo de ambas Américas*, la *Revista de Valparaíso* y *El crepúsculo* para comprobarlo.

En *El Mercurio* y *El progreso* publica sus artículos nerviosos, vehementes Sarmiento; en la *Revista de Valparaíso* y en la *Gaceta del comercio* aparece el verbo vago y angustiado de López; en *El museo de ambas Américas* abre cátedra ese singular y elegante bohemio que es Juan García del Río; en *El semanario de Santiago* los jóvenes de la generación chilena inician su faena de plural contenido; en *El crepúsculo* el sabio Bel'lo traduce y supera a Víctor Hugo en su *Oración por todos*, y Francisco Bilbao publica ese vagido, candoroso y confuso, antiespañolista y semi subversivo que viene a ser una de las primeras manifestaciones del libre pensamiento chileno, aunque con poco pensamiento, que se titula: *Sociabilidad chilena*. El escándalo que provoca el "ensayo" de Bilbao es tal que termina con *El crepúsculo* y con la tranquilidad de su autor.

La prensa de aquellos días, pues, refleja las ideas y pasiones, los gustos y problemas de aquellos hombres. La "filosofía de las luces" tiene fervorosos partidarios, porque acaso piensen como Sócrates: quien conoce el bien no pue-

de dejar de practicarlo. Bella, admirable fe en la virtud del "progreso"...

## IV

De 1842 a 1844 el teatro europeo, especialmente el francés, se representa con frecuencia en Santiago. Víctor Hugo y Alejandro Dumas (padre) se llevan los mayores aplausos de los espectadores criollos.

Sarmiento en *El Mercurio* y Manuel Talavera en *El semanario de Santiago* son los "críticos teatrales". No dejan de emocionar aquellas crónicas a veces candorosas. Talavera al referirse a *Ernesto* de Rafael Minvielle, dice: "Arrancó lágrimas de sensibilidad a muchas de las señoritas concurrentes y fué aplaudida repetidas veces" (9).

En ese año se representa el drama romántico de Carlos Bello (1815-1854), *Los amores del poeta*. El 28 de agosto sube a las tablas y obtiene un éxito clamoroso. "Si la primera manifestación — escribe Sarmiento — era desgraciada, fuerza era abandonar por un tiempo la esperanza burlesca, un mal éxito en los principios desalienta a los que pudieran seguir los pasos del que tomó la delantera. Por fortuna la representación de *Los amores del poeta* ha dejado satisfecho al público, y su autor ha recibido por recompensa aplausos tan cordiales como mercedos. La prolongada exigencia de los espectadores por conocer al autor fué satisfecha, y la ovación que el entusiasmo de sus con-

ciudadanos ha acordado al estimable joven don Carlos Bello, es un estímulo para nuestra juventud y un lauro que adorna las sienes del joven literato" (10).

El drama de Carlos Bello pasa en un pueblo cercano a París. Los personajes son franceses. Por lo tanto, más de un pasaje resulta exótico para el medio chileno. Por otra parte, la sencillez de la composición no se articula con la complejidad y sutileza de la psicología de las viejas razas. La obra, aunque tiene los defectos que le señalo, es un digno comienzo del teatro chileno. Su lenguaje es limpio; su estilo, sencillo y con toques de fino lirismo.

El 9 de octubre sube a la escena *Ernesto* de Minvielle. Esta pieza es un drama de tesis. El autor sostiene que el hombre de armas es un ser de conciencia y albedrío, para elegir sobre la validez de sus actos, y no un autómatas en manos y a voluntad de un superior jerárquico.

El drama es romántico. Ernesto, joven capitán español, que lucha por la libertad de Chile, no es aceptado por la familia de su novia a su regreso a su patria, y se suicida. El estilo es sencillo y propio. Pero, por ser obra de tesis, los parlamentos son demasiado largos y reflexivos. La anhelante fuerza de la pasión, pues, se debilita en un lenguaje numeroso.

Una laudable actividad en el teatro existe en los años mencionados. Es preciso tener en cuenta que los elementos materiales y adecuados de que disponen las empresas de la época, son pobres y reducidos. Sin embargo, cuando el entusiasmo sopla en los corazones, no hay dificultad que

no sea vencida ni salvada. Es lástima que aquel buen comienzo no haya, sino por excepción, dado mejores frutos en las etapas posteriores de las letras chilenas.

## V

De la generación de 1842 es preciso destacar, además de José Victorino Lastarria, a Salvador Sanfuentes y José Joaquín Vallejo, más conocido en el mundo de las letras por su pseudónimo, Jotabeche.

La generación chilena de aquel año está integrada por otros jóvenes. No todos continúan en el cultivo literario. Sin embargo, conviene nombrar a aquéllos que no han sido mencionados en el curso del presente trabajo. Son: Juan Alemparte, Lindor Balbastro, Francisco Bascuñán, Hipólito Beauchemin, Miguel Campino, Alvaro Covarrubias, Andrés y Jacinto Chacón, Juan N. Espejo, Rafael García Reyes, Guillermo Hervoso, Juan J. Hernández, Manuel Hurtado, Hermógenes Irisarri, Martín Manterola, Manuel A. Matta, Jovino Novoa, Agustín y Matías Ovalle, Pedro Palazuelos, Cornelio Pérez, Aníbal Pinto, Javier Renjifo, Alejandro Reyes, Diego Salinas, Vicente Sotomayor, José M. Torres, José M. Ugarte, José M. Valderrama, Cristóbal Valdés y Fernando Zegers.

Salvador Sanfuentes vive de 1817 a 1860. Discípulo de Andrés Bello en el Colegio de Santiago, se inicia desde

temprana edad en el conocimiento de los clásicos latinos y españoles.

Su aprendizaje de escritor comienza hacia 1833. Publica en *El Araucano*, periódico oficial dirigido por A. Bello, traducciones del francés y del latín, y algunas poesías originales. En éstas se puede apreciar la influencia de Juan Bautista Arriaza, poeta español neoclásico que tiene por entonces una breve mañana de gloria. El modelo de Sanfuentes y Mercedes Marín del Solar, entre otros pocos cultores del verso en Chile, no es un maestro, sino un poeta de moda en la capital de Fernando VII.

Sanfuentes comienza cultivando la poesía neoclásica, aunque la curva emocional y artística de tal escuela está ya, en Europa, en su ocaso. Con todo, el joven vate chileno es fiel a esa tendencia lírica en la primera parte de su vida literaria.

La actividad poética de Sanfuentes se acentúa en 1842. En esa fecha inicia en *El semanario de Santiago* la publicación de su leyenda nacional titulada, *El campanario*, en cuyo prólogo da cuenta del móvil de su trabajo, móvil más polémico que lírico en aquella parte de su composición. Esta leyenda, examinada en sus elementos métricos, es neoclásica. Sin embargo, la motivación resulta romántica.

*El bandido*, leyenda terminada hacia 1846, tiene una técnica más propia del romanticismo. La influencia de Hugo y Musset, de Zorrilla y Espronceda y De Rivas, se deja sentir en la mayor libertad estilística de Sanfuentes.

*Inami* o *La laguna de Ranco*, escrita de 1845 a 1847 en

la ciudad de Valdivia, posee una métrica más libre que en sus obras anteriores. Hay versos sueltos de tres, cuatro y cinco sílabas. La polimetría y la riqueza estrófica comienzan con timidez en el romanticismo.

Sanfuentes no es un gran poeta. Las tres leyendas mencionadas antes son sus mejores obras. El autor es anti-romántico intelectualmente; pero después de 1842 se puede observar la evolución de Sanfuentes hacia la escuela romántica. La psicología del romanticismo, tan profundamente estudiada por George Brandés, se impone a pesar de la oposición tenaz de sus enemigos (11).

Es en *Inami*, su mejor leyenda, donde se revela el poeta. Hay descripciones tomadas de la naturaleza sureña de Chile, en las que despunta el amor romántico por el paisaje. Además, hace finas observaciones sobre la psicología del amor.

En *El bandido*, en cambio, cae en burdo sentimentalismo, cuando pinta a un feroz bandido que se arrepiente, como si fuese un colegial travieso. La reacción del protagonista resulta demasiado inverosímil.

El romanticismo de Sanfuentes no posee el énfasis ni la subjetividad tan característica en aquella escuela. Sin embargo, lo macabro en las tres leyendas se repite y ello, sin duda, es una de las notas más peculiares de la poesía romántica. Asimismo, las exageraciones sentimentales y los detalles pintorescos, tan típicos de la tendencia mencionada, tampoco faltan en las obras que he analizado someramente.

Sus leyendas nacionales *Huentemagu* y *Teudo* o *Memo-  
rias de un solitario*, aunque extensas, muy poco agregan al  
no muy gran renombre de su autor (12).

No obstante lo anterior, su obra es uno de los primeros  
capítulos de algún mérito, de la poesía chilena, poesía que  
en el curso de las décadas, se ha ido enriqueciendo en el  
dominio idiomático y en la expresión de los matices del  
sentimiento lírico.

José Joaquín Vallejo vive desde 1811 hasta 1858. Dis-  
cípulo de José Joaquín de Mora en el Liceo de Chile, no  
puede terminar sus estudios de leyes por dificultades pe-  
cuniarias.

Un suceso desgraciado en la Secretaría de la Intenden-  
cia de Maule lo lanza al periodismo, en el cual se desta-  
ca más tarde por su ingenio criollo y su humorismo. La  
primera etapa de su tarea periodística, no tiene valor lite-  
rario y está manchada de resentimientos morales.

El prestigio en las letras chilenas de Vallejo descansa  
en sus artículos de costumbres, compuestos de 1842 a 1847.  
Su obra es poco numerosa. La poca fecundidad de los li-  
teratos nacionales, se puede explicar con varios criterios de  
validez lógica. Pienso que el más importante es el que di-  
ce relación con la indiferencia del público por las obras  
artísticas, en general. "Es ciertamente vituperable — escri-  
be con aguda exactitud Miguel Luis Amunátegui — la in-  
curia con que los chilenos dejan abandonadas las produc-  
ciones de los autores nacionales" (13). Y bien, si esta ob-

servación es verdadera para el siglo XIX, sigue siéndolo por desgracia, para el presente.

El estilo de Jotabeche es natural, suelto, flexible; aunque carece de elegancia, maneja con decoro el idioma escrito. Por algo es leyente asiduo y atento de Larra, a quien se parece más exterior que íntimamente.

El pseudónimo de Vallejo es acaso el más popular de las letras chilenas. Se le cita, estudia y edita. Su influencia no ha sido, sin embargo, profunda en el ambiente literario nacional. Pero se tiene estimación por su franca chilenedad y su saludable optimismo.

El cuadro de costumbre de Jotabeche está bien trazado, y más de un croquis liviano y ágil del paisaje sale de su pluma reidora. No obstante, logra sólo en dos oportunidades: *El último jefe español en Arauco* y *Francisco Montero*, animar la escena con el soplo de la verdadera creación literaria. Esto es, el autor de esas páginas transforma la vivencia en obra artística de validez por su perdurabilidad.

El resto de su producción obedece al canon de los costumbristas, tan numerosos en España y América hispana de mediados del siglo XIX. El costumbrismo es una tarea literaria, sin duda, significativa. Sin embargo, el mérito de tal género descansa más en la observación directa e inmediata y, por lo tanto, rara vez alcanza el rango de la creación impercedera y universal.

Sea como sea, la faena literaria de Jotabeche es decorosa, y marca un momento valioso en la formación de la conciencia estética chilena (14).

## VI

Das creaciones docentes de gran importancia para el desarrollo de la cultura nacional, se decretan en 1842: la Escuela Normal (18 de enero) y la Universidad de Chile (19 de noviembre).

Manuel Montt (1809-1880) es el estadista más notable que ha tenido Chile en el campo educacional. "Si la vida política de don Manuel Montt — escribe en 1880 M. Blanco Cuartín — hubiera concluído con su primer ministerio, de seguro que su recuerdo sería uno de los más gratos, pues que en todo ese espacio no hubo cosa alguna que reprocharle, sino al revés, mucho, muchísimo que agradecerle. El solo ramo de la instrucción pública le debió atenciones y estudios que no ha debido ni antes ni después a nadie" (15).

Montt saca dinero de arcas fiscales modestas para las importantes fundaciones que el país necesita. Y para cada obra sabe hallar al hombre capaz, porque tiene la gran virtud del político: intuición. Por otra parte, ve con agudeza las necesidades docentes. Mucha razón tiene el escritor Domingo Meli cuando, al referirse al gran gobernante, manifiesta: "En el profesor austero había un hombre que comprendía el problema de la educación, angustioso, impostergradable" (16).

Montt busca a Sarmiento para la Escuela Normal y a Bello para la Universidad de Chile. La elección no puede ser más sagaz ni certera. Ambos, el uno turbulento y apa-

sionado, el otro sereno y reflexivo; el uno autodidacta de América, el otro autodidacta de Europa; el uno amante de la educación popular, el otro amante de la cultura de gabinete; el uno de la pampa libre y ancha, el otro tropical sin tropicalismo, contribuyen con su genio a la verdadera fundación de la enseñanza republicana chilena.

El pueblo de Chile, comienza, pues, a aprender modestia, seriedad en las dos corporaciones, corporaciones que bastante han contribuido a cristalizar la nacionalidad.

Por entonces nace en el país la afición por las investigaciones históricas, y la enseñanza pasa a ser, si no "atención preferente del Estado", una constante preocupación del Gobierno. "El peluconismo — dice con agudeza Isidoro Errázuriz — moderado, con perfecta buena fe, deseaba implantar en el país ciencias y literaturas, pero ciencias y literatura discretas y dóciles. La mano sabia y experta de Bello preparó especialmente para este género de cultivo el terreno intelectual; pero, una vez arrojada a los surcos la semilla del estudio y de la investigación, la maleza filosófica apareció, y las plantas silvestres crecieron confundidas con las plantas domésticas" (17).

"La semilla del estudio", por fortuna, ha sido fecunda en Chile. Es de esperar que los frutos sean cada vez más sabrosos y de valor perdurable. En cuanto a "la maleza filosófica", suele ser necesaria, como los herejes, quienes por contraste hacen brillar más las doctrinas rectas y bellas.

Los dos primeros directores de la enseñanza pública chilena — Bello y Sarmiento — tienen firmes convicciones

sobre el valor de la "filosofía de las luces". Esta doctrina sostiene que la bondad natural del hombre, se acrecienta con la labor educativa (18). Además, la ilustración se convierte "en un optimismo enteramente universal" (19). Por manera que nada tiene de raro que en Chile tenga partidarios como Lastarria, López y Bilbao.

Por otra parte, la enseñanza chilena ha ido poco a poco formando el modesto, pero serio patrimonio cultural del país. No siempre su tarea ha sido bien comprendida. Sin embargo, esas voces de censura no han de condenarse, porque son anhelos honrados de corregir faenas susceptibles de ser mejoradas. La agresividad de su acento y la injusticia de sus conceptos, empero, les quita eficacia y les resta equidad.

## VII

La idea, según la sociología, de generación se puede sintetizar en algunos rasgos esenciales: región, época, edad y cultura más o menos iguales. Estas fuerzas centripetas, no obstante, no eliminan los caracteres individuales. Las personalidades que forman la generación integran un grupo social; pero no desaparecen las características de su psicología personal.

Ahora bien, si se considera el núcleo de hombres chilenos de 1842, se pueden observar las características señaladas. Asimismo, otro elemento típico de esa generación na-

cional, común a otras generaciones, es su afán eliminatorio de los bienes culturales anteriores (20).

La generación del 42 es: antiespañola, liberal, progresista, filológica y semirromántica.

El antiespañolismo se puede explicar con suma facilidad. Cien ejemplos se hallan en los escritores y periodistas de la época. “El elemento filosófico — dice Francisco de Paula Matta — ha sido lo que ha faltado a España: su literatura es incompleta” (21).

Otras de las ideas de aquel tiempo es la fe en el progreso. De allí que los más notables representantes de aquella generación, sean liberales; porque, como dice muy bien un tratadista de hoy: “El liberalismo es, en sí mismo, solamente una etapa del progreso”... (22). El prestigio del progreso viene del siglo XVIII. Es el progreso un ideal en el que se cree, no una verdad objetiva ni demostrable. El hombre de la décima octava centuria tiene la creencia del progreso. Al ideal del progreso adscriben los chilenos más representativos de entonces, todas las esperanzas en lo político, económico y cultural. En las publicaciones de aquella etapa, las palabras progreso y progresista, figuran constantemente como las voces mágicas que expresan la solución de los problemas nacionales.

Hacia 1842 nace lo que con neologismo claro y preciso, se puede nominar *galofilia*. El amor a Francia se manifiesta en las lecturas de poetas, novelistas, dramaturgos y pensadores. A este propósito son muy elocuentes estas palabras de Rafael Minvielle, en su drama *Ernesto*: “Te acon-

sejo que vayas — le dice Julio — a Francia, a ese país centro del saber y de la civilización, a esa Francia donde el sol de la filosofía y de la tolerancia hará renacer en ti la alegría y el bienestar que has perdido” (23).

El amor a Francia se comprende con mucha facilidad. De la patria del gran Racine llega a Sudamérica, junto con la moda francesa, el libro tanto original como el que traduce el pensamiento europeo. Por manera que la influencia gala se hace sentir en los más diversos sectores de la actividad social. Francia es, en el siglo XIX y parte del actual, la maestra del nuevo mundo ibero-americano. Contribuye a tal magisterio su idioma que, derivando de una lengua común, tiene bastante analogía con el español. Francia, además, llega a ser la señora del buen tono, de la mesura, de la elegancia y, para decirlo con el verbo humorístico de Unamuno, “la oficina del buen gusto” (24).

El romanticismo en Chile debe haber causado cierta inquietud en los buenos católicos criollos de entonces; porque Sarmiento en su verbo impetuoso lo califica de protestantismo. En efecto, comentando *La nona sangrienta*, dice: “Sea de ello lo que fuere, el drama romántico es el protestantismo literario. Antes había una ley única, incuestionable, y sostenida por la sanción de los siglos; mas vino Calvino y Lutero en religión, Dumas y Víctor Hugo en el drama, y han suscitado el cisma, la herejía...” (25).

El romanticismo para muchos chilenos es “licencia” y “extravagancia”. Pero poco a poco la doctrina romántica se hace intérprete del liberalismo político. La conciencia

nacional, pues, despierta a la vida por la senda de la actividad estética. Las normas de ayer no pueden convenir para los sueños de hoy ni los ideales de mañana.

Por el camino de la literatura, esto es, por medio de una forma artística se llega a la liberación de la personalidad humana. El arte, por tanto, al ser expresión de legítimas vivencias es la proyección auténtica del yo creador. En este sentido es el cabal perfil de la marcha de un pueblo y el pulso de un determinado tiempo histórico.

La generación del 42 revela con claridad el genio positivo del chileno: el buen sentido, la falta de lirismo, el temor al ridículo. Estas notas psico-sociales son evidentes durante el siglo XIX, como puede comprobarse en numerosos textos.

La fisonomía moral de Chile se puede seguir en su literatura histórica y novelística. El lirismo es balbuciente en la pasada centuria. Sin embargo, la poesía tiene cierto decoro estilístico y emotivo que si no la hace valiosa, por lo menos, le permite ir subiendo paso a paso hasta la cima de la perfección artística y de la calidad sentimental.

## VIII

La literatura chilena existe, con matices característicos, desde la Conquista y la Colonia. En la etapa de la Independencia se acentúan las diferencias. En el año 42 la con-

ciencia nacional naciente acrece la diversidad psicológica y estilística que son las que cuentan en la obra literaria.

Cada promoción humana deja impreso su perfil en el verbo escrito. En el examen del idioma escrito se descubre la grandeza y la miseria del hombre de ayer. Del estudio sereno y sin falsas idolatrías del pasado, es preciso sacar el hilo valioso para tejer la tela rica, variada y seductora, de la historia.

En esta tarea de rescate y valorización, los hombres del 42 aparecen no como cultores de un arte estético, pulcro ni primoroso. Su mejor literatura es ideológica y polémica. De ahí que su interés no sea permanente. Es necesario sumergirse en su atmósfera, para comprender su intensa vibración interna.

De una literatura saturada de polémica no puede, en verdad, sacarse un ideario artístico. La generación chilena de aquella época, no tiene una doctrina literaria, filosófica ni política sistemática, posee, en cambio, una conciencia de ancha capacidad intelectual. Es una conducta social, no una escuela de bellas artes.

Si es verdad que "el hombre es la medida de todas las cosas", como sostiene el sofista Protágoras, el estudio de los hombres del 42 debe dar la medida de aquel tiempo auroral de Chile. Esta medida, aunque sea pequeña, revela el nacimiento de un espíritu nacional. (Obsérvese que digo "espíritu nacional", no espíritu nacionalista).

El significado de la generación de 1842 está en este signo modesto, pero verdadero: es la partida bautismal del

Chile de la actualidad. Porque desde aquel entonces el proceso literario y cultural chileno, no se ha interrumpido. Ha pasado por zonas luminosas y momentos opacos. Con todo, el proceso de crecimiento y decantación ha seguido un curso ascendente. En rigor, no se puede indicar con exactitud un punto de término de la generación del 42, puesto que su significado ideológico, aunque hoy no sea operante, actúa como un acontecimiento histórico válido, para comprender la fisonomía global de Chile.

Los hombres de 1842, como creo haberlo demostrado, son más ideólogos que literatos. No obstante, es una agrupación que ve con claridad el país y proyecta con noble afán su mejoramiento en el orden cultural y colectivo.

Sea cual sea el juicio de valor que se dé de su gestión, tiene una importancia indudable: es el comienzo de la conciencia nacional, conciencia que ha ido alquitarando su poder y su calidad en la senda de la historia.

Su amor por la ilustración y la libertad constituye la herencia moral más fina que, los chilenos de hoy y siempre, deben cautelar con amor y entusiasmo. “La juventud — dice Walter Passarge — es el período del empuje y de ímpetu, del desbordamiento y plenitud rebosante de la vida: el yo está en constante revolución” (26). Ahora bien, el movimiento literario de 1842 es una etapa de fervor juvenil.

El alma de un pueblo se desarrolla por diferenciación e integración. Por manera que el patrimonio cultural de los

hombres de 1842, no ha caído en terreno estéril. Se ha diferenciado e integrado el espíritu chileno en formas más cabales y valiosas. La honra de aquella generación, pues, forma el impulso tonificante por excelencia para seguir en la brega, sin descanso, del trabajo intelectual. “De no ser — expresa Enrique Ibsen — por la obra del pensamiento, nunca existiría en el alma colectiva un principio consciente que sirviese de guía” (27). Y obra de pensamiento débil, sin duda, es la de aquellos jóvenes que luchan contra las reinantes sombras del espíritu colonial.

Por otra parte, conviene tener presente que los elementos históricos más significativos se pueden desentrañar de las actividades creadoras del hombre; porque en el libro y el periódico están las improntas indelebles de grandes fragmentos del tiempo ido. De ahí que la historia de las ideas contenidas en las obras tenga tan grávida importancia para seguir el curso de las evoluciones del espíritu humano. A la sombra del árbol de la ciencia, el hombre puede soñar, sentir y pensar acerca de los misterios del mundo.

La historia de la literatura chilena no se ha compuesto, sino en forma fraccionada. Se carece, pues, de una visión subjetiva y de un análisis objetivo del conjunto literario. Por consiguiente, es fácil caer en desproporciones.

El día que la literatura nacional se estudie con criterio a la par estético y crítico, dará lugar a significativas meditaciones sobre el ideario y la técnica de los escritores.

Cjalá que tarea tan urgente como descuidada, se comience pronto para beneficio del patrimonio cultural chileno.

La luz, según el filósofo Parménides, simboliza la verdad. Sea, pues, la luz de la verdad la que guíe a los futuros investigadores de la literatura nacional.

## N O T A S

(1) *Recuerdos literarios*, p. 115. Santiago, Librería Servat, 1885, II edición.

(2) *Id.*, p. 194.

(3) *Anales de la Universidad de Chile*, t. I. Santiago, 1846.

(4) Cf. *Lira romántica sudamericana*, pp. 29-40. Buenos Aires Emecé, 1942.

(5) *Dictionnaire de la conversation et de la lecture*, t. 47. Paris, Librairie Belin-Mandar, 1837-1839.

(6) *Obras de don José Joaquín Vallejo*, pp. 133-137. Estudio crítico y biográfico de don Alberto Edwards. Santiago, Biblioteca de Escritores de Chile, 1911.

(7) Los artículos del autor de *Recuerdos de provincia* referentes a sus polémicas, se pueden compulsar en los tomos I y II de sus *Obras*. Santiago, Imp. Gutenberg, 1887; y en Armando Donoso, *Sarmiento en el destierro*. Buenos Aires, M. Gleizer, 1927.

(8) La idea de este párrafo no es original; la he tomado del bello y valioso ensayo de Guillermo de Torre, *La generación española de 1898 en las revistas del tiempo*. *Nosotros*, n. 67. Buenos Aires, Octubre, 1941.

(9) *El semanario de Santiago* de 13 de Octubre de 1842.

(10) *Obras*, p. 353, t. I.

(11) Ver: Georges Brandés, *Las grandes corrientes de la literatura en el siglo XIX*. Traducción de V. Orobón Fernández. Barcelona, La Revista Blanca, s. f.

(12) Ver: *Obras escogidas*. Santiago, Ed. de la Academia Chilena, 1921.

- (13) *Doña Mercedes Marín del Solar*, p. 59. Santiago, Imp. República, 1867.
- (14) Véase la obra citada en la nota n. 6.
- (15) *Artículos escogidos*, p. 539. Santiago, Biblioteca de Escritores de Chile, 1913.
- (16) César Bunster, *El niño chileno*, p. 138, t. III. Santiago, Imp. Universitaria, 1934.
- (17) *Historia de la administración Errázuriz*, p. 235. Santiago, Biblioteca de Escritores de Chile, 1935.
- (18) Cf. August Messer, *Historia de la pedagogía*, p. 318. Traducción de Manuel Sánchez Sarto. Barcelona, Labor, 1935, III edición.
- (19) Alfred Weber, *Historia de la cultura*, p. 392. Versión de Luis Recaséns Siches México, Fondo de Cultura Económica, 1941.
- (20) Sobre este asunto véase: José Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo*, pp. 13-25. Madrid, Biblioteca de la Revista de Occidente, 1928.
- (21) *El crepúsculo*, n. 1, t. II. Santiago, Marzo, 1844.
- (22) R. H. S. Crossman, *Biografía del estado moderno*, p. 206. Traducción de J. A. Fernández de Castro. México, Fondo de Cultura Económica, 1941.
- (23) *Teatro dramático nacional*, p. 117, t. I. Prólogo de don Nicolás Peña M. Santiago, Biblioteca de Escritores de Chile, 1912.
- (24) *Romancero del destierro*, p. 11. Buenos Aires, Alba, 1928.
- (25) *Obras*, p. 108, t. I.
- (26) *La filosofía de la historia del arte en la actualidad*, p. 165. Versión de Emilio R. Sádia. Madrid, S. E. L. E. 1932.
- (27) Citado por Van Wyck Brooks, *La literatura norteamericana de hoy*, p. 1. Traducción de Francisco Aguilera. *Puntos de vista*, n. 4. Washington, Unión Panamericana, Oficina de Cooperación Intelectual, Julio, 1942.